

mente el desé mismo del fin no es su consecucion, sino un movimiento en direccion al fin; mas la delectacion sobreviene á la voluntad de la presencia del fin, y no al contrario que algo se hace presente, porque la voluntad se deleite en ello: necesariamente pues debe mediar alguna otra cosa, distinta del acto de la voluntad, y por cuya intervencion el fin mismo se hace presente á la voluntad; y esto es bien notorio en órden á los fines sensibles. Si (por ejemplo) el logro del dinero dependiese esclusivamente de un acto de la voluntad, desde el primer momento, en que el codicioso deséa el dinero, lo obtendría ya; pero al principio está alejado de él, y solo lo consigue tomándolo con la mano ó de otro modo análogo, y entónces es cuando se goza en su posesion ya efectiva. Lo propio tiene lugar respecto de un fin inteligible: comenzamos por intentar conseguirlo; más no lo logramos, hasta tanto que llega á sernos presente mediante un acto del entendimiento, y solo una vez alcanzado la voluntad se goza tranquila en su posesion. *Se ve por todo esto que la beatitud consiste en un acto intelectual. Ahora, pertenece sí á la voluntad la delectacion aneja subsiguientemente á la beatitud ya poseida, conforme á lo que dice San Agustin (Confess. l. 10, c. 23) que «la beatitud es un goce de la verdad», por cuanto ese mismo gozo es la consumacion de la beatitud.*

Al argumento 1.º dirémos que la paz pertenece al último fin del hombre, no porque esencialmente ella misma sea la beatitud, sino en cuanto *antecedente y consiguientemente está en íntima conexion con ella: antecedentemente*, porque ya se han removido cuantos obstáculos la perturbáran, dificultando la consecucion del último fin; y *consiguientemente*, porque el hombre, una vez obtenido aquel, queda y prosigue pacífico en la (*efectiva*) satisfaccion de su desé.

Al 2.º que el primer objeto de la voluntad no es su propio acto (1), como ni el primer objeto de la vista es la vision sino lo visible: y así precisamente el que la beatitud pertenezca á la voluntad como

(1) Sino que lo es lo apetecible.

(2) En tanto que no se posee; pues una vez ya poseida es una perfeccion de la misma, necesariamente aneja á ella.

su primer objeto, prueba que no pertenece á la misma como acto suyo.

Al 3.º que el entendimiento se hace cargo del fin ántes que la voluntad, si bien el primer movimiento hácia él se inicia en esta; por cuya razon á ella es debido lo que en último resultado subsigue á la consecucion del fin, cual es la delectacion ó fruicion.

Al 4.º que la dileccion ó amor se aventaja en escelencia al conocimiento en cuanto á la mocion, mas el conocimiento precede á ese afecto en la consecucion. «No se ama, sino lo que se conoce», dice San Agustin (De Trin. l. 10, c. 1 y 2). Así que el fin inteligible lo tocamos ante todo por la accion del entendimiento, como el fin sensible por la del sentido.

Al 5.º que el que tiene todo cuanto quiere, es dichoso por eso mismo de tener lo que quiere, y esto ciertamente no es debido á un acto de su voluntad. Empero el no querer nada mal es un requisito para la beatitud, como una disposicion indispensable para ella (2); y la buena voluntad se enumera entre los bienes, como que es cierta tendencia á ellos, al modo que el movimiento se refiere al género de su término, como la alteracion á la cualidad.

#### ARTÍCULO V.—La beatitud es operacion del entendimiento especulativo, ó del práctico? (3)

1.º Parece que la beatitud consiste en operacion del entendimiento práctico. El fin último de cualquiera criatura consiste en su asimilacion á Dios: el hombre más se asemeja á Dios por el entendimiento práctico, causa de las nociones adquiridas, que por el especulativo, cuyo conocimiento lo recibe de las cosas (*conocibles*): por consiguiente la beatitud del hombre más bien se debe á operacion del entendimiento práctico que del especulativo.

2.º La beatitud es el bien perfecto del hombre; y el entendimiento práctico se ordena al bien más (*directamente*) que el especulativo, cuyo objeto (*inmediato*) es lo verdadero. Aun por eso nos deci-

Nicolai.

(3) La opinion del Santo, consignada esplicitamente en la Conclusion, es la más verosímil y comun.

mos buenos á causa de la perfeccion del entendimiento práctico, y no por la del especulativo, segun la cual se nos califica de sabios ó ilustrados: lo cual demuestra asimismo que la beatitud no tanto se cifra en la operacion del entendimiento especulativo como en la del práctico.

3.º La beatitud es un bien del hombre mismo: y el entendimiento especulativo se ocupa preferentemente acerca de lo que está fuera del hombre; miéntras que el práctico aprende lo que es del mismo hombre, cuales son sus actos y pasiones: esto prueba tambien la preferencia á favor del entendimiento práctico respecto del especulativo en órden á la beatitud.

Por el contrario, San Agustin (De Trin. l. 1, c. 10 y c. 8) dice que «la contemplacion se nos promete por fin de nuestras acciones y como entera perfeccion de nuestros goces».

Conclusion. *La beatitud consiste más bien en operacion del entendimiento especulativo que del práctico.*

Responderémos que *la beatitud consiste más bien en operacion del entendimiento especulativo, que del práctico*: lo cual se evidencia por medio de tres consideraciones. 1.ª Porque, siendo la beatitud del hombre una operacion (1), debe ser la más escelente entre todas las suyas; y la mejor es indudablemente la de la más noble potencia respecto del más escelente objeto. La potencia más noble es el entendimiento, cuyo más eminente objeto es el bien divino, que por cierto no lo es del entendimiento práctico y sí del especulativo: así que en esa operacion, es decir, en la contemplacion de lo divino consiste principalmente la beatitud. Y, siendo innegable que cada cual parece ser aquello, que en él descuella como lo mejor, segun se dice (Ethic. l. 9, c. 4 y 8; y l. 10, c. 7); esa operacion *contemplativa* es por consecuencia la más propia del hombre y la más (*grata*) deleitable. 2.ª La contemplacion se anheja principalmente por razon de ella misma; miéntras que el acto del entendimiento práctico no se procura por él mismo, sino por la accion; y las acciones mismas se ordenan á algún fin: es pues notorio que el

(1) Segun deja ya demostrado (a. 2).

(2) En algunos códices faltan las palabras *et principaliter*.

último fin no puede consistir en la vida activa, que pertenece al entendimiento práctico. 3.ª En la vida contemplativa el hombre se pone en comunicacion con los seres superiores, Dios y los ángeles, á los cuales se hace semejante por la beatitud; al paso que en la vida activa, y en cuanto á ella se refiere, los otros animales comunican en algun modo con el hombre, aunque imperfectamente: lo cual prueba asimismo nuestro aserto. Así pues la última y perfecta beatitud, que esperamos disfrutar en la vida futura, consiste toda principalmente en la contemplacion: y la beatitud imperfecta, tal como es aquí asequible, primero y principalmente (2) consiste en la contemplacion; pero secundariamente en la operacion del entendimiento práctico, que ordena las acciones y pasiones humanas (Ethic. l. 10, c. 7 y 8).

Al argumento 1.º dirémos que la susodicha semejanza del entendimiento práctico con Dios tiene lugar en virtud de cierta proporcionalidad, por cuanto se há en relacion á su objeto conocido de un modo análogo al de Dios con respecto al suyo: mas la asimilacion á Dios del especulativo se verifica por la union ó informacion, que es una asimilacion mucho más íntima. Y no obstante puede decirse que en cuanto al principal objeto del conocimiento (*por parte de Dios*), que es su propia esencia, no tiene Dios conocimiento práctico y sí solo especulativo.

Al 2.º que el entendimiento práctico tiene un bien, que está fuera de él mismo; y el especulativo tiene el bien en sí mismo, cual es la contemplacion de la verdad: y, si ese bien es perfecto, por él se perfecciona el hombre todo íntegro y se hace bueno; lo cual no puede aplicarse al entendimiento práctico, por más que conduce al mismo fin.

Al 3.º que ese argumento sería del caso, si el hombre mismo fuese su último fin; porque solo en tal supuesto la consideracion y ordenacion de sus actos y pasiones constituiría su beatitud: siendo empero el último fin del hombre otro bien estrínseco al hombre mismo, como lo es Dios, al cual nos allegamos por la operacion del entendimiento especulativo; sígnese evidentemente que la beatitud del hombre consiste en operacion del

entendimiento especulativo, más bien que en la del práctico.

**ARTÍCULO VI. — La beatitud consiste en la contemplación de las ciencias especulativas ? (1)**

1.º Parece que la beatitud del hombre consiste en la consideración de las ciencias especulativas ; pues Aristóteles dice (Ethic. I. 10, c. 7) que « la felicidad es una operación conforme á la » virtud perfecta » : y, distinguiendo las virtudes especulativas, las reduce á estas solas tres : ciencia, sabiduría é inteligencia ; las cuales todas pertenecen á la consideración de las ciencias especulativas : por consiguiente la última beatitud del hombre consiste en la consideración de las ciencias especulativas.

2.º Aquello parece constituir la última beatitud del hombre, que naturalmente es por todos deseado por sí mismo : tal es la consideración de las ciencias especulativas, pues se dice (Metaph. I. 1, c. 2) : « todos los hombres por naturaleza desean saber » ; y añade luego que « las ciencias especulativas se desean » adquirir por razón de ellas mismas » : en su consideración pues se cifra la beatitud.

3.º La beatitud es la última perfección del hombre. Una cosa cualquiera recibe su perfección de su tránsito de la potencia al acto ; y el entendimiento humano pasa de la potencia al acto por la consideración de las ciencias especulativas : parece por lo tanto que en esta consideración está la suprema beatitud del hombre.

Por el contrario, léese (Hier. 9, 23) : *No se glorie el sabio en su sabiduría*, hablando precisamente del saber en las ciencias especulativas : según lo cual no consiste la beatitud en la contemplación de las sobredichas ciencias.

**Conclusion.** *La beatitud perfecta no puede consistir esencialmente en la consideración de las ciencias especulativas.*

Responderémos que, como queda expuesto (C. 3, a. 2, al 4.º), hay una

(1) V. la nota 2, pág. 916 del T. 1.º, en que se hacen constar los errores del emperador Licinio, Quintin y Wicleff, á los que añadiremos aquí los de Juliano el apóstata, Lutero y los biblistas, que en unos ú otros términos reprueban necia é impiamente toda enseñanza y estudio de las ciencias, sean

beatitud *perfecta y otra imperfecta* ; y no se olvide que la primera implica la verdadera noción de la beatitud, mientras que la segunda solo es una participación de analogía con ella ; al modo que es perfecta la prudencia del hombre, que conoce la razón de las cosas factibles, é imperfecta la de ciertos brutos irracionales dotados de particulares instintos para determinadas operaciones parecidas á actos de prudencia. Ahora pues : *la beatitud perfecta no puede consistir esencialmente en la consideración de las ciencias especulativas.* De esta verdad nos convencerémos, reflexionando que la consideración de una ciencia especulativa no se estiende á más que al valor de los principios de la misma, en los que virtualmente va concentrada toda ella. Estos primeros principios de las ciencias especulativas son percibidos por medio de los sentidos, como hace entender Aristóteles (Metaph. I. 1 ; y I. 2. Poster, t. últ.). Así que todo el estudio de las ciencias especulativas nunca escederá en resultados al conocimiento de cosas sensibles : y claro es que en este no puede consistir la perfecta beatitud del hombre, que es su perfección suma ; pues nada recibe perfección de otra cosa inferior, como no sea porque en eso inferior haya alguna participación de objeto superior. Notorio es, por otra parte, que la forma de una piedra ó de cualquiera objeto sensible es inferior al hombre ; y como tal no perfecciona la inteligencia por su propio carácter de forma, sino en cuanto en ella existe alguna participación de cosa semejante á algo, que es superior al humano entendimiento, cual es la luz inteligible ó cosa de igual índole. Y, puesto que todo lo que es por otra cosa, se reduce á lo que es por sí mismo ; preciso (2) es que la última perfección del hombre se funde en el conocimiento de algo superior al entendimiento humano. Demostrado ya (I. P. C, 88, a. 2) que por lo sensible no puede llegarse al conocimiento (3) de las sustancias separadas, que están por encima del humano entendi-

sagradas ó profanas y de cualquier género ó carácter.

(2) *Oportet* comunmente ; algunos *patet* « evidente ».

(3) Perfecto ó quiditativo, según su propia esencia (C. 88, a. 2 de la 1.ª Parte).

miento ; lo queda asimismo que la beatitud perfecta del hombre no es posible se cifre en la contemplación de las ciencias especulativas. Esto no obsta para que al modo que en las formas sensibles se reconoce cierta participación por analogía con los seres superiores, así la consideración de las ciencias especulativas lleve consigo cierta participación de la verdadera y perfecta bienaventuranza.

Al argumento 1.º dirémos, que Aristóteles (Ethic. I. 10, c. 7) habla de la felicidad imperfecta en cuanto asequible en esta vida, según lo repetidamente expuesto (a. 2, al 4.º).

Al 2.º que naturalmente se deséa, no tan solo la beatitud completa, sino áun cualquiera participación ó semejanza de ella.

Al 3.º que por la consideración de las ciencias especulativas nuestro entendimiento se reduce á acto solo en algun modo ; mas no á acto último y completo.

**ARTÍCULO VII. — La beatitud consiste acaso en el conocimiento de las sustancias separadas, ó sea, de los ángeles ? (1)**

1.º Parece que la beatitud del hombre consiste en el conocimiento de las sustancias separadas (2), esto es, de los ángeles : porque dice San Gregorio (Homilía 26) : « Nada aprovecha concurrir á las fiestas de los hombres, si no es dado » asistir á las fiestas de los ángeles » : en lo cual designa la beatitud final ; y á las fiestas de los ángeles podemos asistir mediante la contemplación de ellos : por consiguiente en esta parece consistir la última beatitud del hombre.

2.º La última perfección de cada ser está en su unión con su principio : así se dice que el círculo es figura perfecta, porque su fin se identifica con su principio. Siendo pues el principio del conocimiento humano los mismos ángeles, por quienes los hombres son iluminados, según dice S. Dionis. (De cœlesti hierarch.

(1) Algazel cifraba nuestra suprema felicidad en el conocimiento del último de los ángeles, de quien decía provenir toda nuestra perfección.

(2) O inmateriales, no abstractas como los conceptos matemáticos ó las formas insubistentes y meramente ideales.

(3) Advértase en este lugar que en la expresión de *sustancias separadas* se comprende también el conocimiento, que se tiene de Dios por medio de las sustancias mismas ; de igual modo que en el precedente artículo se incluía el conocimiento

l. 4) ; síguese que la perfección de la inteligencia humana está en la contemplación de los ángeles.

3.º Cada naturaleza llega á ser perfecta, cuando se junta con otra superior, como la última perfección del cuerpo está en su unión con la naturaleza superior : los ángeles son en el orden natural superiores al humano entendimiento ; luego la última perfección de este consiste en que se una por la contemplación á los mismos ángeles.

Por el contrario, dice Jeremías (9, 24) : *En esto se glorie el que se gloria, en saberme y conocerme* ; así pues la última gloria y felicidad del hombre no consiste en otra cosa que en el conocimiento de Dios.

**Conclusion.** [1] *Solo Dios es la verdad por esencia, y su contemplación es lo único que constituye la perfecta bienaventuranza ; [2] nada se opone sin embargo á admitir cierta imperfecta beatitud en la contemplación de los ángeles, y desde luego mayor que en la de las ciencias especulativas (3).*

Responderémos que, como se ha dicho (a. 6), la beatitud perfecta del hombre no consiste en lo que solo es perfección del entendimiento por mera participación de algo, y sí en lo que lo es por su propia esencia. Es evidente que un ser en tanto es perfección de alguna potencia, en cuanto al mismo pertenece la razón del objeto propio de la tal potencia : y el objeto propio de la inteligencia es lo verdadero. Todo cuanto tiene en sí verdad participada no encierra en su contemplación la virtud de hacer perfecto por completo al entendimiento. Siendo pues una misma la disposición de las cosas en su ser, como en la verdad, según se dice (Met. I. 2, tít. 4), todos los entes por participación son verdaderos por participación. Los ángeles tienen un ser participado, puesto que es propio de solo Dios el que su ser sea su misma esencia, como se ha demostrado en la

de Dios procedente de las cosas sensibles, que sirven de objeto á las ciencias especulativas. Nótese además que en todas estas cuestiones, como ya en otra parte hemos indicado, se trata de la bienaventuranza *sobrenatural*, ó sea, del conocimiento *intuitivo* de Dios, que funda á esta ; mas no del conocimiento *abstractivo*, que sirve de base á lo que suelen llamar bienaventuranza *natural*, y que puede adquirirse por mediación de las criaturas, según aquello del Apóstol : *Invisibilia Dei*, etc. — M. C. G.

primera parte (C. 3, a. 4; y C. 61, a. 1): de donde resulta evidenciado que solo Dios es la verdad por esencia, y su contemplacion constituye al hombre perfectamente bienaventurado. No hay sin embargo inconveniente en admitir alguna beatitud imperfecta en la contemplacion de los ángeles, y desde luego más elevada que en la consideracion de las ciencias especulativas.

Al argumento 1.º dirémos, que á las fiestas de los ángeles asistirémos, contemplando no solo á los ángeles sino á la vez con ellos á Dios.

Al 2.º que para los que opinan que las almas humanas son ó han sido creadas por los ángeles (1) basta que la beatitud del hombre consista en la contemplacion de los ángeles, como en la union con su principio; mas ya hemos demostrado (P. I, C. 90, a. 3) lo erróneo de esa opinion. Insistimos por lo tanto en que la última perfeccion del entendimiento humano se verifica mediante su union con Dios, que es el principio tanto de la creacion del alma como de su iluminacion. El ángel ilumina como ministro, segun se dijo (I. P., C. 111): y así por ese su ministerio ayuda al hombre á llegar á la beatitud, mas no por eso es él el objeto de la humana beatitud.

Al 3.º, que el ascenso de la naturaleza inferior hasta la superior tiene lugar de dos modos: 1.º segun el grado de la potencia participante, y en este sentido la última perfeccion del hombre estará en que llegará á contemplar como contemplan los ángeles; 2.º como el objeto es alcanzado por la potencia, en cuyo concepto la última perfeccion de cualquier potencia consiste en que se allegue á aquello, en que se halla plenamente la razon de su objeto.

#### ARTÍCULO VIII. — La beatitud del hombre está en la vision de la divina esencia? (2)

1.º Parece que la beatitud del hombre

(1) Tales fueron Avicena y Algazel con otros antiguos filósofos, mencionados en las notas 4, pág. 737, y 1, pág. 739 del tomo 1.º, con Platon, quien suponía creadas las sustancias corruptibles por los ángeles, llamados por él dioses menores; doctrina harta aún por cierto á la más errónea aún de aquellos, que la ampliaban á las almas humanas.

(2) Los armenios con Pedro Abaylard decían que « los bien-

no está en la vision de la misma divina esencia: porque dice San Dion. (C. I, mysticæ Theologiæ) que « por aquello, » que es lo supremo de la inteligencia, el » hombre se une á Dios, como á cosa » absolutamente desconocida: lo que se ve en su esencia no es del todo desconocido; y por lo mismo la última perfeccion del entendimiento, la beatitud no consiste en ver á Dios por su esencia.

2.º La perfeccion de la naturaleza es elevada en proporcion á la elevacion de la naturaleza misma: y, siendo perfeccion exclusivamente propia de la divina inteligencia la de ver su misma esencia; la última perfeccion del entendimiento humano no puede ascender á tanto, y debe permanecer en más baja escala.

Por el contrario, dice San Juan (1 Ep. c. 3, v. 2); Cuando él apareciere, serémos semejantes á él, por cuanto le verémos así como él es.

Conclusion. La última y perfecta beatitud no puede consistir en otra cosa que en la vision de la divina esencia.

Responderémos, que la última y perfecta beatitud no puede estar sino en la vision de la esencia divina. Para demostrarlo, considerarémos dos cosas: 1.ª que el hombre no es perfectamente feliz, en tanto que le queda algo que desear y anhelar; 2.ª que la perfeccion de cada potencia se aprecia por la razon de su objeto.

El objeto del entendimiento es lo que cada cosa es (*quod quid est*), á saber, su esencia, como se espone (De an. l. 3, t. 26); por lo que la medida del alcance de la perfeccion intelectual es el grado de su conocimiento de la esencia de algo. Si pues algun entendimiento conoce la esencia de algun efecto, por la cual pueda conocerse la esencia de la causa, de tal modo que se sepa de la causa, qué es esta (*quid est*); no se dice que el entendimiento percibe la causa simplemente, áun cuando por el efecto puede conocer acerca de la causa, que la hay (*an sit*). De aquí es que el hombre persiste naturalmente en su desé

» aventurados en el cielo no ven la esencia de Dios, sino solo » cierta claridad ó esplendor de la misma, constitutivo de la » felicidad suprema; así como Almaric que « no ven á Dios en » sí mismo, y si únicamente en sus criaturas ». Las Escrituras Santas abundan en pasajes terminantemente opuestos á tales aserciones, y que confirman la católica verdad aquí sentada (1 Cor. 13, 12; Apoc. 22, 4; Matth. 18, 10; ...).

de saber, cuál ó qué es la causa, cuando por el efecto sabe únicamente que este tiene una causa: deséo acompañado de admiracion, que escita á la investigacion, como se dice (Met. c. 2), cual sucede al observar uno el eclipse de sol, que piensa en que alguna causa lo produce, y no sabiendo cuál sea, la admira, y admirando inquiere, sin aquietarse en esta indagacion, hasta que llega á conocer la esencia de la causa. Así, si conociendo el humano entendimiento la esencia de algun efecto creado, no conoce otra cosa acerca de Dios sino que existe; todavía su perfeccion no alcanza simplemente la causa primera, quedándole el natural deséo de averiguar quién es esa causa, no siendo por lo mismo perfectamente feliz. Síguese de aquí que para la perfecta beatitud se requiere que el entendimiento conozca la esencia misma de la primera causa. Por eso decimos que obtendrá su perfec-

(1) ¿Cómo puede ser que el entendimiento humano, no conociendo de la primera causa sino la existencia (*an sit*), tenga natural deséo de conocer su esencia (*quid sit*)? Porque la verdad es que tal deséo escende los límites de la naturaleza de todo entendimiento creado. Esta dificultad tiene fácil solucion, si se atiende á que en este lugar por *natural* se significa el sujeto de la naturaleza; en cuyo sentido puede decirse que todos los hombres naturalmente apetecen ver á Dios. Mas, si por *natural* se quisiese dar á entender la misma naturaleza, considerada no solo en cuanto al sujeto, sino tambien al modo; entónces no hay cuestion, y las objeciones proceden; pues supera á la virtud de la naturaleza el modo

cion mediante su reunion con Dios, como con el único objeto, en que consiste la beatitud del hombre, segun dejamos demostrado (a. 1 y 7) (1).

Al argumento 1.º dirémos que San Dionisio habla del conocimiento de los viadores en direccion á la beatitud.

Al 2.º que, como queda dicho (a. 1), el fin se toma en dos distintas acepciones: 1.ª como la cosa misma deseada, y en este sentido es uno mismo el fin de la naturaleza superior y de la inferior; y áun el de todas las cosas, segun lo dicho (C. 1, a. 8); 2.ª como la consecucion de lo que se deséa, y en tal concepto es diverso el fin de la naturaleza superior respecto del de la inferior, segun su respectiva disposicion en orden al objeto. Así la beatitud de Dios, comprendiendo su propia esencia con su entendimiento, es más eminente que la del hombre ó el ángel, que la ven y no la comprenden.

de alcanzar la vision intuitiva de Dios. Sin embargo puede añadirse que el Doctor Angélico considera á las criaturas racionales, no precisamente en sí mismas, sino tambien en cuanto son ordenadas á Dios: y en tal caso, aunque no sea natural, *ut sic*, en el hombre semejante deséo; lo será indudablemente, si se atiende á su ordenacion providencial á la celestial patria. Ultimamente no deja de ser cierto en sentido absoluto que los hombres naturalmente, despues de saber que una cosa existe (*an sit*), deséan conocer su esencia (*quid sit*): así sucede que, despues de haber visto un efecto, naturalmente se quiere conocer cuál sea su causa. — M. C. G.